



UN GAUCHO

Juan José Morosoli (1)

Montes llegó a la pulpería de Anchorena en su propia carreta. Tendría poco más de veinte años. Era fuerte, buen mozo, callado y guapo.

Se acercó a la reja y le dijo al pulpero:

-Sé que murió su carrero viejo y vengo por si me precisa. Anchorena, con su gran franqueza de vasco, le preguntó:

-¿De dónde sos?

-De Puntas de Pan de Azúcar.

-¿Y en tu pago no tenían trabajo?

-Mi pago es donde yo ando- le contestó Montes.

El vasco le dio trabajo pero se quedó pensando:

"¿Por qué un viaje tan largo, de vacío, para solicitar trabajo? Cambiaban de pago los contrabandistas. Los domadores. ¡Pero los carreros!" ...

Al fin dejó que el tiempo le contestara las preguntas.

Después se convenció que Montes había cambiado de pago porque sí. Y que cualquier día levantaba el poncho otra vez. Era un buen carrero, pero no tenía alma de carrero.

Estuvo allí poco más de un año. Hasta el día en que Martina dio a luz una niña. Martina era la peona de la casa. Cocinaba, lavaba y ordenaba la pieza del dueño, que era cincuentón y soltero. Atendía, además, la mesa del almacén cuando llegaba algún viajero. Allí solían parar "corredores" de comercio o "cuarteadores" de contrabandistas, que venían a vender parte de la carga de sus compañeros.

Una mujer así puede tener un hijo y el hijo ser de ella nada más.

Al irse, Montes, le dio paternidad a la hija de Martina.

Mucho tiempo después se supo que estaba en el Chuy, allí cerca del almacén del turco Gómez. Morales encontró la carreta. Llegó al negocio y preguntó por Montes.

-Trabajaba aquí -contestó el turco-. Un día dejó la carreta, cruzó la frontera y no vino más.

-¿No será muerto? -interrogó Morales.

El turco sonrió y respondió:

-Tal vez esté de contrabandista ... Pero no aquí ... Mucho más arriba ...

Estaba en Piedras Negras, diez o doce leguas más arriba del desagüe del Chuy, tras la frontera. Con rancho y mujer.

Allí tuvo querencia tres o cuatro años. Rico un mes, pobre dos. Hacía vida con la bayana Paula, que no le aflojaba en nada. Era un vida brutalmente linda o extremadamente peligrosa, sin término medio.

Cuando Montes realizaba tres o cuatro "pasadas" de contrabando, por cuenta de otros que no querían exponer la vida, volvía al rancho, plátido y ansioso de caricias. La bayana lo acechaba más que lo esperaba. Ardían los dos como brasas. Eran amores como fiebres con pausas de caña, buena mesa y siestas que terminaban a boca de noche.

Cuando él empezaba a faltar del rancho buscando "pasadas", la mujer, que era celosa, barullenta y boca sucia, comenzaba a exasperarse.

Montes le contestaba con el silencio hasta que la mujer se hacía insoportable. Entonces le daba una buena "untada de lomo" y partía.

Ella soportaba la soledad tremenda del lugar hasta que él volvía. Era entonces una fruta de piel tirante y ardiente que se deshacía en mieles.

Una noche apareció el caballo de Montes ensillado frente al rancho.

Ella no supo más de él.

Ocho o diez años después, el negro Beracochea, que subió hasta Aceguá con una tropa, trajo noticias suyas. Lo había encontrado de mercachifle de fontera, en un carro de cuatro ruedas.

-¡Güe! -lo paró el negor-. ¡Contestá si sos Montes!

-El mismo -dijo él.

El negro recostó el caballo al carro.

-¿Me conocés? -preguntó.

-De los Tapes. ¿Beracochea?

-¡Pues! ¿Y qué es de tu vida?

-Bien. ¿Y la gente? ¿Don Anchorena?

Preguntaba como si fuera ayer que hubiera dejado el pago.

-Bien. Todos bien. ¡Grande la muchacha! ... Se anda por casar.

Pareció recordar Montes.

-¿La de Martina?

-¡Clarol

-¡Mirá!

La tropa se iba lentamente camino adelante. Montes y el negro se habían quedado sin tema. El negro no se atrevía a preguntar más y Montes no necesitaba hacer preguntas nuevas. Nunca necesitaba hacer preguntas Montes.

-Los guampudos no esperan -dijo Beracochea terminando-

¿Nos veremos después? -agregó.

-En el camino estamos -contestó Montes.

Y cada cual siguió su rumbo.

Tal vez hubieran pasado seis u ocho años del encuentro con Beracochea, cuando Anchorena fue a Melo con unos lanarres finos para una exposición.

Bajó frente a la enramada de una pulpería, a fresquer un rato cuando llegó Montes.

Manejaba un carricoche con un cajón atrás. A su lado venía otro hombre. Era un gallego que vendía vírgenes y santos, oraciones para curar las picaduras de víboras y libros de versos criollos.

Anchorena le saludó con alegría ruidosa.

-¿Anda bien? -le preguntó.

-¿Bien? -señaló al gallego y agregó- ¿No ve que ando llevando este hombre vendiendo santos?

Era un respuesta con espinas y fastidio. Anchorena lo invitó a tomar algo y se acercaron a la reja.

Después el vasco sacó unos pesos y se los ofreció.

-Tome Montes ... A mí me sobran y usted los precisa.

-Gracias -rechazó-. No lo voy a ver más pa devolvérselos.

El vasco insistió un poco pero comprendió que era inútil.

-¿Dónde vive, Montes?

-En todos lados ... ¡Qué v'hacer! ...

El vasco se despidió y partió.

Montes ni se movió de la reja donde estaba como preso del camino, empujado hasta allí por el camino, mirando hacia adentro del negocio, como si mirara una tierra tendida hacia el horizonte.

En la pulpería de Bentos en la franja fronteriza, se realizaban unas carreras. Hasta el otro día en que enfrenaran, la gente hacia tiempo jugando al monte. Casi a oscuras, en un galponcito de guardar pelegos y cajones, ocho o diez viejos des-puntaban el vicio en jugadas de a real. Entre ellos estaba Montes.

Un negro viejo medio borracho negó una jugada. Montes se levantó, se acercó al hombre y lo tomó del pañuelo del cuello.

-¡Si no tenés plata andá pa afuera!
El negro sacó un cuchillo y se lo sepultó en el vientre. Ahora que estaba frío se veía la vejez y la pobreza de Montes.

Calzaba alpargatas, con la lona cocida con tientos en la suela deshecha. Vestía una bombacha braslerera mal zurcida y llena de remiendos. Una camisa vieja y sucia le malcubría el pecho donde tiritaba la pelambre gris, como hilos de ceniza. La barba subía hasta las sienes hundidas de golpe. La boca chupada hacia adentro, hacia saltar la nariz de filo helado.

Mientras la gente gritaba sus apuestas en la pista de Borges, cuatro o cinco viejos conducían el cajón hacia el camposanto.

Contra camino galopaba un hombre. Alcanzó el cortejo. Era buen mozo. Venía bien montado. Tenía buena ropa.

-¿Montes? -preguntó
-Sí, El.

Uno de los viejos se agachó, tomó un terrón y lo arrojó sobre el cajón de madera limpia.

El mozo lo imitó.
El que había arrojado el primer terrón se incorporó y preguntó:
-¿Usted lo conocía?
-No -dijo el mozo- pero no está lejos que fuera mi padre ...

(1) Nació en la ciudad de Minas el 19 de enero de 1899, y allí murió el 29 de diciembre de 1957. A los ocho años de edad, ingresa a la escuela "Artigas" de su ciudad, abandonándola dos años más tarde, para emplearse como dependiente en el bazar de César Porrini. Trabajador después vendiendo carbón, fuego de albañil, hasta que alrededor de 1919 logra instalarse con un café en el centro de Minas; tiempo después, compra una barraca, en la que trabaja hasta su muerte, todo ello sin haber dejado de actuar en el periodismo local (*Rumbos, El Orden, El Departamento, La Unión, etc.*), realizando desde crónicas deportivas, hasta retratos de personajes típicos del medio. En 1923, con Casas Araujo, estrena en Minas y repite en Montevideo, la obra teatral *Poblana*; luego representarán *La Mala Semilla* y *El Vaso de Sombras*. En 1925, con José María Cajaraville, Guillermo Cuadri, Valeriano Magri y Julio Casas Araujo, publican un volumen de poesías titulado *Bajo la Misma Sombra*; en 1928 publica Morosoli su último libro de versos, titulado *Los Juegos*. A partir de 1927 Morosoli comienza a publicar cuentos en diarios y revistas tales como *El*

Terruño, La Pluma, Mundo Uruguayo, etc., todo lo cual reuniría después en su volumen de cuentos.

Obras: *Poblana* (teatro, 1923); *La Mala Semilla* (teatro, 1925), *Bajo la Misma Sombra* (poesía, 1925), *El Vaso de Sombras* (teatro, 1926), *Los Juegos* (poesía, 1928), *Hombres* (cuentos, 1932), *Los Albañiles de Los Tapes* (cuentos, 1936), *Hombres y Mujeres* (cuentos, 1944), *Perico* (relatos, 1945), *Muchachos* (novela, 1950), *Vivientes* (cuentos, 1953), *Tierra y Tiempo* (cuentos, 1958), *Un viaje Hacia el Mar y Otros Cuentos* (1962).

Estamos ante una de las figuras mayores de la narrativa nacional, y ni qué decir, de la criollista. Un modesto hijo de inmigrantes suizos, formado desde niño en la humilde fragua de la vida pueblerina; autodidacta sin más ayuda que una inconclusa educación primaria; hombre en el más alto sentido, maestro de la prosa a quién han ignorado todos los "booms", no obstante ser el originario y más original creador de la tan pregonada economía de medios en la obra literaria. Morosoli no sólo es fundador del estilo narrativo que mejor interpreta al ser nacional campesino de nuestros tiempos (el rigor de su paisaje telúrico, la hondura de su poblador humano, incluida la sobriedad de su lenguaje), sino además de un modo de sentir la vida naturalmente: esto es, al ritmo de sus latidos esenciales. Nadie como él fue capaz entre nosotros de crear (esculpir, sería la palabra más apropiada), una galería tan extensa y rica de personajes - "hormiguero humano", le llamó Francisco Espínola - y a la vez tan parejamente lograda, en cuanto a calidad artística se refiere: nadie como él fue capaz de alcanzar la empinada cumbre que ocupa como narrador, con tal contención expresiva, con tal prescindencia de recursos de artificio, con tal ahorro de adjetivos y toda clase de estridencias; con tan acabada mesura estética. Es el precursor -y aunque ignorado fuera de fronteras- el más fecundo cultor de un estilo literario que comienza a imponerse en América a través de autores posteriores a él, como Rulfo y otros. De todos modos, estamos seguros de ser más fieles a su memoria difundiendo su obra, a la que se entregó tan humilde como entrañablemente, que reclamando para él prioridades en las que jamás se le hubiera ocurrido pensar. Mas, lo que queda dicho acerca del arte narrativo de Juan José Morosoli, no es excluyente de esto otro aportado por Heber Raviolo, uno de sus más perseverantes y lúcidos estudiosos, gustadores e intérpretes, junto a Viscá y Bordoli: "En lo que se ha insistido menos, pese a ser una característica constante, es en la condición eminentemente poética de muchos de sus mejores títulos". Lo que en última instancia autentica los altísimos méritos artísticos de su obra, es la perdurabilidad -diríamos el crecimiento- de ella en el tiempo. Vuélvanse a leer sus primeros cuentos, y se comprobará cómo a través de más de cuarenta años, ellos han logrado una mayor vigencia, no sólo por la cada vez más actual técnica narrativa impuesta por el autor, sino además, por la incommovible verdad de sus criaturas y su paisaje. Buscando otra vez ser fieles a su memoria, hacemos votos para que, por encima de toda otra razón, su extinto monumento artístico llegue a la gente como un tierno y conmovido mensaje humano. Si como dice Raviolo, *Tierra y Tiempo*, libro póstumo de Morosoli, se integra con el núcleo de cuentos de más pareja grandeza entre todos los del autor, nosotros creemos haber elegido para formar parte de esta antología uno de los mejores ejemplares de dicho volumen. *Un Gaucho*, preciosa joya literaria, capaz de lucir junto a las mejores de su género.